

JUEVES
29
de OCTUBRE

La Voz Femenina

PRECIO
20
CENTAVOS

DIARIO-REVISTA PARA LA MUJER Y EL HOGAR

Año I

Santiago de Chile

Núm. 9

BELLEZAS CHILENAS



Sra. Marta Rozas de Subercaseaux

DIRECTORIO:

Señoras: María Luisa Fernández de García Huidobro—Nieves Walker de Méndez—Zoraida Saavedra de Varas—
Julia Mena Larrain—María García Huidobro de Irarrázaval—Elvira Ovalle de Errázuriz

DIRECCION Y REDACCION DELICIAS 1511—TALLERES SAN FRANCISCO 80

Año I

Santiago de Chile, Octubre 29 de 1925



Núm 9

«LA VOZ FEMENINA»

Santiago 29 de Octubre de 1925.

NUESTRO TRIUNFO

Santiago, Octubre 29 de 1925.

El triunfo es aplastador, es decir, el triunfo del buen sentido, de los que aman a Chile y quieren trabajo y paz, de la gente que tiene conciencia de que un país sin orden, sin autoridad no puede caminar sin hundirse en el caos del desgoberno, de la confusión y del Comunismo.

Los partidarios de don Emiliano Figueroa son seguramente los que ansian el orden y la vida republicana en el goce del trabajo bien remunerado, del bienestar social; la patria de los buenos tiempos, donde aún no había prendido la idea de la revuelta, la idea soviética que los comunistas de Chile no conocen sino de oídas en los discursos y promesas de los agitadores, únicos beneficiados en esa merienda de negros en que su doctriña es el reparto de los bienes ajenos, es decir del despojo.

El despojo que hoy hiera a ciertas clases trabajadoras y sociales y que mañana los herirá a ellos a todos. Quiero contar una anécdota de los despojadores cuyas ideas camarian al ser propietarios, que revela la indignación producida en el mismo pueblo con la de equilibrada ley de la vivienda cuya dictación no puede aceptar un cerebro republicano. Un peluquero, que gana su dinero con el trabajo honrado y su trato afable fue interrogado por su cliente:—¿Qué te parecería que el día menos pensado llegara a tu casa una de estas pandillas de asalariados comunistas y te dijera: "desde hoy esta casa la habitaremos nosotros, tú, te vas a la calle con tu familia".—Yo, dejarme arrebatar mi casa que he comprado peso a peso, con el sudor de mi frente?... la casa de mis hijos?... que he ganado para ellos, pensando en ellos?... eso, jamás! Si algún fascioso se atreviera a semejante cosa, sacaría revolver y lo mataría!

Y al decir esto, sus ojos inyectados por la ira y la indignación se humedecían de lágrimas.—Pero hombre, te llevarían a la cárcel.—Vivo no me quitarían mi casa! Yo saldría defendiéndola con uñas y dientes... Antes que entre garla, o me mataban o mataba yo. He aquí el sentimiento que bule en las conciencias honradas, en el que posee un bien, sea here-

dado, o sea el fruto de su trabajo. Así, se ama lo que es de uno. Los agitadores no poseen bienes de fortuna, viven como los vampiros, chupando la sangre y mueren, por lo general reventados...

¿Porqué ama su casa el que posee bienes de fortuna? Porque ella significa un recuerdo querido... el detalle de una vida amada que se deslizó al unísono... la habitación de la madre... la cuna en la que lo nacieron... la imagen ante la cual se arrodilló... porque no hay nadie tan desamparado, tan desprovisto de todo consuelo, que no haya tenido en la niñez quien le señale a la Madre de los desamparados a la soberana de los Ejércitos.

Nuestros padres llevaban al cuello el santo escapulario, pasaporte seguro para abrir las puertas del cielo. En nuestras casas se rezaba el rosario, el jefe de la familia llevaba el coro, de pie, en medio de hijos y de servidores que, en aquellos tiempos, se amaban por que sentían la imperiosa necesidad de los unos para los otros, excelente de todo rencor: ¡entre ellos florecía el cariño!

El gobierno que termina la conllevó en toda la longitud de la patria la semilla del odio de clases, recolectando una escogida par de hijos de agitadores, con el solo objeto de terciarse la banda, so pretexto de solucionar problemas, problemas que jamás han existido, ni existirán en algunos siglos. De Norte a Sur fué despertando pasiones entre la gente ociosa, entre los indeseables llegados de países extraños donde la epidemia del comunismo había sido la consecuencia de la más cruenta de las guerras que registra la historia, consecuencia también de un largo despotismo... y esa corriente contagiosa, de codicia de bienes ajenos nacida en la codicia de uno solo, el hombre, infectó la patria... levantó una avalancha de descamisados, que sin Dios, sin ley, están destinados, de ahora en adelante a servir los intereses de cualquier ciudadano desprovisto de mercedimientos; y a quienes encabezará quien quiera acauzar la podre que ha de corroer el sentimiento de patria tan vejado, que va llegando a ser desconocido entre los asalariados revoltosos. ¡Patria! sentimiento el más humano que anida en el corazón, ¡Patria!, que significa la amarra del sentimiento al suelo empapado en la sangre de nuestros ayores; amor a la historia vinculada a la fami-

lia, heroísmo de los nuestros, colgado entre los pliegues de la bandera que triunfó en Chorrillo y Miraflores, que se tomó el morro de Arica arañando la piedra viva, cuya huella enrojecida sirvió de señal a los que venían más atrás y de ejemplo a todos los chilenos.

¡Patria! es la familia, las costumbres, el lenguaje con su especial modulación y su jerga singular que, en cada pueblo es propia como propia es la canción cuyas notas humedecen nuestros ojos y nos estreman el alma! Patria es la palabra que exalta, que congrega a los batallones e impone la disciplina ciega en un sentimiento más fuerte que la propia alívea porque a la sumisión va ligada la idea de la libertad y el dominio soberano sobre las otras naciones. Patria es el cielo azul; de un azul distinto al de otros cielos... es la luz a la cual se habi tuó nuestra retina... es el aire que conviene a nuestros pulmones... es la luz a la cual se habi tuó nuestra retina... es el aire que conviene a nuestros pulmones... es la tierra donde quisiéramos descansar y resucitar en ella al llamado del Ángel. Es lo que jamás se borró de la memoria sus saberes, sus armonías, es lo eterno, es lo perecedero porque donde quiera que vamos llevamos la suavidad de sus amaneceres, las voces de sus cantos, los primeros amores que impresionaron nuestro corazón, virgen de toda emoción... flores de nuestro jardín interior, aromas que, de tanto gozar hacen sufrir en la lejanía del terruño cuando el olfato percibe una fragancia semejante que nos evoca el toronjo del viejo cerdo, el magnolio junto al poso donde las palomas detentan el vuelo, la silueta de nuestra madre vagando en cada sitio, al contacto de sus manos en cada objeto y su oración palpitando en el ambiente, la oración de nuestros nombres repetida a cada instante para librarnos de todo mal.

Esto es lo que encontramos en el recinto sagrado de la patria. Se necesita haber perdido el sentido afectivo para abstenerse sin dolor de toda esta emoción lugareña y no saberla gozar! Se necesita estar dominado por la vanidad, por el exhibicionismo para trocar sentimiento tan honrado que es nuestro yo, de la carne y del espíritu, y sentirse mejor en un medio de fiestas y de aturdimientos sentimentales. Se necesita haberse despojado de reflexión, ser amo-

ral a fuerza de vileza para no estremecerse ante ese conjunto armónico que nos hiera deliciosa mente al pronunciar el nombre de nuestra tierra natal.

Y todo este conjunto de dulzuras y de grandezas es lo que se quiere arrancar del alma chilena por medio de la propaganda facinerosa de los agitadores que pretenden engañar al pueblo haciéndolo creerse oprimido... que quiere calzarles el molde de Rusia y de los países conmovidos por los problemas de la abundancia de brazos y la falta de tierra, aquí, donde hay medio Chile sin explotar pidiendo a gritos el trabajo de sus hijos para devolvérselos en riqueza. Pero esos degenerados, encuentran más cómodo vivir en la ociosidad, a costa de los mismos a quienes conducirán a la ruina y para ello desarrollan una verba maleante que hiera la ignorancia de los que, como ellos, tienen tendencias ociosas; les muestran horizontes de bienes ajenos, de tierras trabajadas con el esfuerzo de sus dueños, de cosas edificadas con el sacrificio del dinero adquirido penosamente y toda esa obra realizada en años y más años de trabajo les hacen consentir que son el fruto del robo al asalariado, teoría la más falsa y criminal, la más obyecta y perniciosas pues ellos, los que la predicaban como el abismo de desmoralización que desparra en las masas inconscientes esa mentira envenenadora.

Yo querría que esos sembradores de doctrinas corruptoras probaran con hechos el despotismo reinante, no en casos aislados de algún rico de mal humor que abusa de su situación porque a eso respondería con casos análogos multiplicados por cientos de sublevaciones sin razón de ser, de ingratitudes absurdas y enfermizas!

Jamás en Chile ha existido el despotismo, en ningún país del mundo existe mayor beneficencia. No hay en el globo mayor generosidad con relación a lo que se posee; más espléndida es la vida al dar su óbolo que el donativo del millonario que no sabe que hacer con sus millones.

Así es como en el extranjero se juzga nuestro país, pero, no falta quien nos enseñe a ver las cosas de un modo absurdo, tergiversando los hechos. En nuestra patria no existe ningún problema fuera del de los agitadores, fuera del de los comediantes que fabrican con floctos para mejor medrar, para

hacerse omnipotentes y escalar el poder, para ceñirse la banda que honraron los Pinto, los Bulnes, los Montt, para figurar junto con nombres gloriosos de los que se supieron sacrificar por Chile y lo engrandecieron como Portales.

Gloria baraka pagada con bienes ajenos, muy cara para las víctimas que deben entregar su bien

nestar en manos de los predicados de doctrinas maleantes y muy inútiles para los oyentes que nada lograrán en el soporte sino el remordimiento que, tarde o temprano, los aguijoneará.

Pero, por encima de todo está la Patrona de Chile, la dueña y soberana de este territorio. Nuestra Señora del Carmen quien, a pe-

sar de la grave ofensa de quitarle los soldados en la tradicional procesión con el pretexto sectario de la separación de la Iglesia y del Estado, que rompió la obligación, pero, que jamás logrará arrancar la Imagen triunfadora del corazón del soldado. Ella nos salvará; Ella nos llevará a la prosperidad y al bienestar porque sabe que es

nuestro primer amor y que no somos nosotras las que le negamos el culto que nos corresponde.

Ya vendrá la reacción y con ella la paz y el progreso. Estoy seguro de ello porque mi esperanza y mi seguridad descansan en mi fe.

LATINA.

El Cuarto Poder del Estado

Con mucha exactitud llama así a la prensa un gran escritor moderno y hay quien va más lejos todavía llamándola TODOS LOS PODERES: pues nada hay que no acabe ella por obtener: gobierno, legislación, justicia, moral, educación...

Pocos son los lectores que conservan su independencia moral, que mantienen intacta su personalidad propia cuando SU DÍA RIO los sugiere en sentido inverso. Esa palabra tesonera, infatigable, hoy agresiva y ardiente, mañana blanda y suave, ya profunda, ya ligera, ya apasionada y vehemente, ya mesurada y serena, es irresistible. Nada más natural y lógico, pues en ella, aun que ACAMALONEADA y multifactor me, sólo preside un fin único: el de modelar al lector a su propia imagen, el de apoderarse de él, encadenarlo a sus propias ideas y substituir al suyo el propio criterio. Y, si a tales características, una la de ser propinada diariamente, su imperio es absoluto, al cabo de corto tiempo, habrá transformado a su amañado el crítico público.

Felizmente, al lado del poder fascinador de la prensa, de la fuerza avasalladora de la letra de molde, desencadenan a la vez los ímpetus de sacudir la pasividad de la influencia ajena, de saltar también a la arena, de tomar parte activa en el mundo del pensamiento, de inyectar también en los demás las propias ideas y

sentimientos. ¿Qué cosa más justa? Puesto que mediante la prensa se derraman los venenos, se ofuscan los criterios, se falsean las doctrinas, se pervierten las conciencias, ¿por qué no usar también de tan maravillosa fuerza para vendar las heridas por ella causadas, enmendar sus destrozos, inocular la verdad y el bien, con el mismo ardor con que otros espíritus inoculan el error y el mal? Sí, como dijo el poeta:

"La palabra es la espada; y así produce,
Según quien la emplea, el bien o el mal;
Lo que es espada en manos de un hidalgo,
En manos de un asesino es puñal".

Usemos también de ella para elevar, ennoblecer, alentar...

A esa necesidad psicológica actual, a esa exigencia moral y social de nuestro siglo responde "La Voz Femenina": ella es la palestra en que las mujeres católicas esgrimirán noblemente esa arma tantas veces prostituida, la fuente de vida en que habrá de apagarse esa sed de expansión de los propios ideales, el campo en que habrán de medir sus fuerzas en defensa de su causa, que no es otra que la causa misma de la Patria.

ROSA PRATS DE ORTUZAR.

DON EDUARDO OPAZO LETELIER

En estos tristes momentos en que el país ha perdido a un ilustre hombre público, he querido tomar la pluma, que aunque no me es familiar, deberá sérmelo ahora, para hacer un recuerdo cariñoso de don Eduardo Opaizo Letelier.

Cuando habla el corazón, todos somos escritores.

No me corresponde señalar, en estas líneas, las virtudes cívicas de esta gran figura de la sana política chilena. No, en este sentido don Eduardo Opaizo Letelier es de masiado conocido y ya muchos escritores y oradores han hecho saber a la faz del país que se ha perdido a un gran republicano y al más caracterizado defensor de las libertades ciudadanas.

Lo que deseo es recordar a don Eduardo en su vida diaria; andan do por las calles; entrando a su bufete de abogado; llegando al senado de la República; en su hogar y en fin, entodas esas pequeñas circunstancias de la vida que en conjunto, dan a conocer al hombre con cierta exactitud.

Su modo de ser era único, nadie se le parecía. Gustaba de la tranquilidad de su biblioteca en donde él pasaba las horas, al parecer de descanso estudiando y preparándose para servir a los demás.

No ambicionaba puestos de honor y los que aceptó los usó siempre para ser útil a su país con el desinterés propio de un padre; accedía a todo servicio que se le solicitaba y él nunca pedía nada en cambio.

En la calle se le veía siempre con paso medurado, como medita-

do; con su mente siempre ocupada y si andaba con otras personas nunca se advertía en él el ademán de charla, antes por el contrario su conversación era de pocas palabras pero de profundas y razonadas ideas.

Tan poco le preocupaba las actividades callejeras, que puedo decir sin ponderar, que en repetidas ocasiones se le sorprendía con saludarlo, saludo a que él respondía con cierta extrañeza pero con toda fina amabilidad que lo caracterizaba.

En su hogar, donde era tan querido, y respetado por los suyos y por sus amigos, lo ví muchas veces conversar con jóvenes que comentaban alguna cuestión de actualidad política o financiera y él con la innata sencillez del hombre que es realmente sabio, prestaba la atención que prestaría un niño a las explicaciones del maestro de quien algo desea aprender.

Uno de sus paseos favoritos fué el cerro Santa Lucía. Este jardín, que estando en el corazón de la ciudad es el que está más lejos de ella, lo atraía con preferencia. Todas las mañanas, mientras su salud se lo permitió, se veía a don Eduardo Opaizo leyendo los diarios o preparándose para sus múltiples actividades cotidianas.

Ya no lo veremos más pasar por esos caminos llenos de vegetación; ya los frondosos árboles, que al mecerse con la brisa de la altura son los únicos que interrumpen el silencio de aquel sitio, no lo cubrirán más con su sombra en el paseo diario! Si ellos pudieran llorar, llorarían; pero saben que hay que acatar los designios de lo Alto.

E. B. P.

Los verdaderos culpables

Después de las escenas bochorosas que ha presenciado nuestra capital a raíz de las elecciones presidenciales, cabe preguntarse a la opinión pública el nombre de los verdaderos culpables. No es, por cierto, el pueblo trabajador responsable de estos actos de incultura, que rabajan vergonzosamente el nivel de nuestra amada patria. Todavía no puede exigirse la reflexión y cordura a millares de ciudadanos analfabetos, exitados por ser conscientes y trajidos que juegan impunemente con la vida de sus hermanos. Estos magníficos populares, indeseables en todos los países, encuentran en Chile una tolerancia criminal que no es posible continuar por más tiempo. Debería nombrarse un tribunal que juzgue estos de-

litos de lesa patria que empañan el prestigio de la República. Ayer no más tuvieron que tomar el camino del destierro ciudadanos empujados, por delitos imaginarios que jamás pudieron comprobarse con documentos atestigüados. Hoy, se podrían encontrar fácilmente testigos y pruebas para sancionar a los culpables de este vergonzoso trastorno de nuestra vida cívica.

¿Hasta cuando jugamos con las palabras dejando que el pueblo crea en la verdad de esas promesas criminales. Cualquiera caudillo enhebra un racimo de frases, pomposas y alhagüenas, prometiendo a los obreros ventajas que sabe perfectamente no podrá concederles jamás. Piensa, sin embargo, que esas mentiras lo serán provechosas, que las pobres víctimas creerán en esa fantasía y él logrará el fruto de sus patrañas...

¿Qué le importa que mueran después, centenares de seres inocentes si ha logrado sus propósitos?

A nosotros nos importa. Nos duele el alma de pensar que esta revuelta podría haberse ahogado con la sangre de nuestros hermanos. Somos cristianos y sabemos que la sangre del Crucificado se derramó por salvar las almas de Todos los humanos sin distinción de castas sociales. Amamos a los obreros: los deseamos con todo el alma vida más holgada por medio del bendito trabajo y de un Gobierno serio y honrado que se preocupe de los intereses del pueblo. Por eso, elevamos la voz para que se tolere por más tiempo esa criminal con la vida de la masa obrera, que no se mire a las inconscientes como carne de ca-

país a los verdaderos culpables".

Z. S. de V.

CARTA

Señora María Luisa Fernández de García Huidobro:

Santiago, 24 de Octubre de 1925
Muy distinguida amiga y señora mía,

En la "Voz Femenina" del 22, quizás por un error de transcripción se me atribuye un hermoso pensamiento que no me pertenece. Si mis recuerdos no me engañan, su autor es un distinguido escritor francés contemporáneo, M. E. Rey. A cada cual lo suyo y a Ud. como siempre los sentimientos de amistad y admiración sincera que la profesa su afmo. O. S.

JUAN A. BARRIGA.